

XXVI

La sombra de Juan Dantenac

El pobre muchacho estaba muy cambiado.

Lo mismo que Benedetta, había sufrido una transformación, pero desfavorable.

En cuanto salió de Luchón pudo comprender que la misión que se había impuesto era superior á sus fuerzas.

Al prometer á Marieta que la devolvería á su hermana, creía la empresa fácil; pero en cuanto llegó á París, se encontró en una confusión espantosa.

Todo navegante necesita una brújula.

En su expedición, el guía no tenía brújula ninguna.

Benedetta estaba en París: eso no se podía dudar; pero á eso se limitaban todos los informes.

Era muy poco.

Durante dos meses enteros continuó sus investigaciones rebuscando por todas partes, interrogando á todo el mundo con una terquedad de enamorado; pero al final se encontró tan enterado como al principio.

Entregado á sí mismo, pues su hermano Pedro estaba en Lisboa, empezaba á desesperar, cuando tuvo la idea de acercarse al hotel Mosés y preguntar, no á los dueños, pues á eso no se hubiera atrevido, sino al ayuda de cámara, Lagrippe,

con quien siempre había estado en buenas relaciones.

Aquel día era precisamente el de las carreras de Longchamp.

Juan Dantenac, triste é indeciso, se había detenido delante del suntuoso portal del hotel, cuando vió á Causседé, que sabía á pie.

Llegaba el marqués á la altura de la avenida de Marigny; cuando Juan Dantenac, haciendo de tripas corazón, se decidió á abordarle.

—Señor marqués—dijo.

Causседé se detuvo.

—¿Quién es usted?—preguntó.

—¿No me conoce usted?

—No.

Y de pronto añadió, recordando:

—Pero... sí, ya me acuerdo... Es usted Juan Dantenac. Dispense, amigo mio.

Causседé le tendió las dos manos, como á un compañero.

El joven las estrechó tímidamente.

—¿Cómo usted en París?—prosigió el marqués.

—Sí; verdaderamente es para chocar á cualquiera.

—¿Hace mucho tiempo?

—Dos meses.

—¿Y no ha venido usted á verme?...

El acento del bearnés era muy cariñoso y animaba á la confianza.

El guía tomó con esto algunos ánimos.

—A fe mía—dijo—que no eran ganas lo que me faltaban; pero no me atrevía...

—Está bueno... ¡Eso sí que no lo perdono! Pues qué, ¿yo no he sido siempre un amigo para usted?...

—Demasiado bueno, señor marqués.

—No soy demasiado bueno; lo que me pasa es que me gustan las gentes honradas, y que quiero á mis paisanos.

—¡Ay, señor marqués—dijo Juan Dantenac;—atrasamos ahora unas circunstancias tan penosas!

—¿Qué pasa? Cuéntamelo si no es un secreto.

—No hay secreto, señor marqués; es una historia que todo Luchón conoce por desgracia.

—Entonces venga usted á mi casa; allí podremos hablar mejor.

—Yo no quisiera molestarle.

—No, eso nunca, no faltaba más.

Cinco minutos después los dos hombres estaban solos en el gabinete de Causstedé, que había prevenido á su viejo criado diciéndole:

—Ya sabes, no estoy en casa para nadie.

Al ver á Juan Dantenac, el bearnés sentía una compasión sincera.

No se reconocía en él al hermoso y arrogante jinete de los Pirineos, admiración de los turistas, y que por decirlo todo, había hecho palpitar á más de una de las elegantes viajeras.

El guía lo comprendió y dijo:

—El señor marqués me encuentra cambiado. Tiene razón. Apenas si yo mismo

puedo reconocerme. Es que nos han ocurrido muchas desgracias.

Y añadió con voz alterada:

—Hemos pasado un invierno muy malo. Parecía abatido, consternado.

El bearnés trató de darle algun valor.

—Le creía á usted más fuerte—dijo.—Debían ustedes estar contentos; en su familia han tenido lugar algunos cambios.

—¡Cambios!--murmuró el guía.

—Sí, su hermano Pedro...

—Pedro ha hecho fortuna, es cierto... pero la fortuna no lo es todo. Además la salud de uno no cura las enfermedades de los demás.

—¿Y qué desgracia es esa de que usted habla?

—Ahora voy. El señor marqués ha debido oírlo... yo debía casarme esta primavera.

—Sí, me parece que lo recuerdo.

—Con una joven de Marignac.

—La hija del capitán...

—Precisamente, el capitán Soubère.

—¿Las muchachitas del despacho de tabaco?

—Sí, señor.

—Eran dos, una morena, siempre alegre, bonita...

—Bonita y buena, señor marqués; Marieta.

—Y otra rubia.

—Benedetta.

Admirable, amigo mio, la recuerdo muy bien. Un conjunto delicioso... ideal. Me

parece que tenía un lindo mote, la llamaban *La Virgen de Marignac*.

—Sí, señor marqués... Era el sueño de un artista. Un pintor que venía con frecuencia á Luchón fué el primero que empezó á llamarla de ese modo.

—La verdad es que el nombre la viene á maravilla.

—Su hermosura ha sido quizá la causa de su desgracia. Los forasteros iban á menudo á Marignac para admirarla... Se hablaba mucho de ella.

—Y en eso, ¿que mal hay? Ya comprenderá usted, Dantenac, que una mujer como esa es lo que se llama una atracción.

—Sí, pero el caso es que sin saber por qué una noche del pasado invierno, en medio de una horrible tempestad, Benedetta ha desaparecido.

—¡Ah!

—Dejó escritas cuatro letras á su hermana diciéndola que no podía permanecer en el país, que desaparecía para siempre, y me encargaba, por último, que la olvidase y me casara con otra mujer.

—Es extraño—dijo Causedé.

Precisamente aquella mañana llegaba yo á Marignac con objeto de verla... Estaba enferma hacía algún tiempo... Yo creí volverme loco. Corrí á Montrejeau y pude convencerme de que había salido aquella mañana en el tren de las ocho. Después, aquí, en París, hace dos meses que la busco por todas partes y no he conseguido más, sino que todo el mun-

do me tome por un visionario y por un loco.

—¿No tiene usted idea de lo que ha sido de ella?

—No.

—¿Y desea usted volverla á ver?

—Ningún sacrificio me parecería grande con tal de conseguirlo.

—¿Y si un hombre le dijera á usted dónde está?...

—Mi agradecimiento sería eterno. Todas las condiciones que me impusiera serían aceptadas de antemano.

Causedé vaciló todavía durante un minuto.

—Escuche usted, Dantenac—prosiguió: Yo le tengo por un hombre honrado y confío en su palabra. Usted persigue su fin... yo persigo el mío. Para ello me es necesario permanecer en la sombra y guardar los secretos que conozco. Me inspira usted compasión y quiero ayudarle.

—¿Podría usted?—exclamó el guía.

—Quizás. La casualidad me ha puesto al corriente de lo que usted desea saber, hace muy pocos días... y puedo decirlo.

—¡Señor marqués!...

—Pero antes tiene usted que jurarme dos cosas...

—¡Todo lo que usted quiera!

—La primera es que no ha de decir á nadie por dónde lo ha sabido.

—Eso es muy fácil.

—La segunda es que no ha de dirigir ningún reproche á esa pobre Benedetta,

que la ha de escuchar usted con dulzura, y que la dejará obrar como ella quiera... ¿Lo promete usted?...

—¡Lo juro, señor marqués!

—¿Se propone usted volver á su país?

—Sí, señor.

—Pues bien, encontrará usted á Benédetta con estas señas:

Y trazó en un papel estas palabras:

Señorita Benedict.

Calle de Visconti, número 14.

El guía se levantó.

Una intensa alegría, con mezcla de temor, le llenaba el pecho.

¡Por fin iba á verla!

—Señor marqués—dijo,—si alguna vez necesita usted mi sangre...

—Guárdela, que no se trata de eso. El mejor medio de mostrarme agradecimiento es observar bien lo prometido.

—Señor marqués, nunca se ha dicho en Luchón que un Dantenac ha faltado á su palabra. Muchas gracias.

Caussedé tendió la mano al guía, diciendo:

—¡Buena suerte!

Dantenac suspiró.

—Bien la necesito, señor marqués.

Y se alejó.

Su paso era más vivo, respiraba mejor. Su gran alegría se reflejaba en su rostro enflaquecido. Acababa de recobrar con la esperanza su vigor de otros días, la con-

fianza en su fuerza, la elasticidad de sus músculos de acero.

En la calle de Bonaparte le costó algún trabajo orientarse.

Sin embargo, no tardó en encontrar en una de las esquinas de la calle una placa que sobre fondo azul decía con letras blancas: «Calle de Visconti».

Avanzó buscando el deseado número.

La noche estaba oscura, y empleó en esta operación un mediano rato.

Acababa de descubrir el número que, esculpido en una piedra blanca coronaba el ancho portalón, y ya se disponía á tirar de la cadena que hacia sonar la campanilla cuando la pesada puerta se abrió.

Un señor anciano muy bien vestido, salió acompañado de los respetuosos saludos de una mujer de mediana edad, la portera probablemente.

Por un movimiento instintivo Juan Dantenac se retiró algunos pasos y se ocultó en las tinieblas de una puerta vecina.

Juan Dantenac sentía una irresistible necesidad de saber quién era aquel señor.

Su curiosidad se vió muy pronto satisfecha.

Cuando aquel señor se volvió, Juan Dantenac sufrió una impresión comparable solo á un tremendo golpe en la cabeza.

Acababa de reconocer el rostro sombrío del viejo Mosés.

No había duda, era él.

Aquella fisonomía de fauno, altanera,

imperiosa y dura, era de las que difícilmente se olvidan.

El tipo del ave de rapiña es muy raro entre las gentes del Mediodía.

Juan Dantenac guardaba un recuerdo indeleble de las facciones del viejo Isaac.

Aquella cabeza extraordinaria, típica, importada de las orillas del mar Muerto, se había grabado en su memoria.

¿De modo que el barón estaba allí?

¿Qué había ido á hacer?

¡Todas las hablillas del país, todas las calumnias que pesaban sobre la fugitiva, se vieron confirmadas por esta casualidad!

¡Ahora comprendía las reticencias de Caussedé, amigo de los Mosés, sus recomendaciones, la promesa que acababa de arrancarle!

Juan Dantenac conocía por fin la causa de aquella huida de Marignac, el misterio de que se rodeaba Benedetta, el motivo del silencio que guardaba con los suyos.

Una violenta cólera se hizo dueña de su cerebro.

¡Ah! ¡Si no hubiera comprometido su palabra!

De un solo golpe, pasaba del amor más espiritual al odio más violento, de la ternura más firme á la aversión más enconada.

Después de un momento de estupor, durante el que oyó alejarse el carruaje del barón, se preguntó lo que haría.

La cólera que hervía en su pecho amenazaba estallar.

¿Para qué había de preguntar á Benedetta?

¿No estaba ya enterado de todo?

Dió algunos pasos á la ventura por la calle del Sena; pero al alejarse de aquel sitio sus piernas se negaban á obedecerle, hasta que de pronto, sin saber á punto fijo lo que iba á hacer, tomó una enérgica resolución, y precipitadamente se dirigió de nuevo al portal que acababa de abandonar y llamó con violencia.

La señora Piot se presentó, abriendo solamente un postigo, y á la vista de aquella cara desconocida, preguntó con bastantes malos modos:

—¿Qué desea usted?

—¿La señorita Soubére?

—No la conozco.

—Sin embargo, vive en la casa.

—Le digo á usted que no la conozco.

Y de pronto, acordándose de la recomendación de Caussedé, el joven añadió:

—Quiero decir, la señorita Benedict.

La viuda respondió:

—¿Pero usted sabe lo que se dice?

—Es que Benedict y Soubere son los apellidos de una misma persona.

—Eso es muy bueno para sabido—contestó la señora Piot.

Y añadió de peor manera todavía:

—Hoy es ya muy tarde, puede usted volver mañana.

Iba á cerrar el postigo y á refugiarse

en la portería, cuando Juan Dantenac tuvo una inspiración.

—Quiero verla —dijo con energía;— vengo de muy lejos y la traigo noticias muy importantes... que la interesan.

Y añadió, viendo que la portera vacilaba:

—Soy pariente suyo. ¿Desde cuándo está prohibido hablar á las gentes?

Una voz hueca salió de las profundidades de la caverna:

—Déjale pasar—decía;—los negocios de los demás no nos importan.

—Es que esta es una casa honrada y no queremos escándalos, ¿entiende usted?

Después añadió bruscamente:

—En el último piso, la puerta del fondo, á la izquierda.

Juan Dantenac no preguntó más.

Se lanzó resueltamente por la escalera, muy iluminada, porque al pasar el ilustre millonario la viuda había encendido todas las luces, y en dos saltos se encontró en el corredor del último piso.

No se oía ningún ruido, y tan sólo en la puerta del fondo se filtraba un débil rayo de luz que trazaba una línea blanca sobre el suelo.

Juan Dantenac se acercó y llamó suavemente en aquella puerta.

XXVII

Explicación.

La puerta se entreabrió y apareció Benedetta en el hueco, sin decir palabra, y con una palmatoria en la mano.

La joven apagó un grito de sorpresa, de espanto tal vez.

Al mismo tiempo se quedó pálida como el mármol y tuvo necesidad de apoyarse en la pared para no caer desvanecida.

Juan Dantenac ya estaba dentro, y después de cerrar la puerta avanzó en la habitación, que examinaba con tanta curiosidad como asombro.

—¿Eres tú, Juan?—dijo la joven con dulzura.

—Sí, yo soy. No me esperabas, ¿verdad?

—Seguramente, no. ¿Y hace mucho que has dejado á Luchón?

—Mucho. Hace próximamente dos meses que he venido á París.

—¿Y qué hacías?

—Te buscaba.

Esta sencilla respuesta la conmovió hasta el fondo del alma.

—¡A mí!—balbució.

Después suspiró profundamente y guardó silencio.

En seguida se acercó á la ventana, apoyándose en ella.

En el jardín se oía el ligero ruido que